

«LO DEMÁS ES SILENCIO»

Gabriel Celaya ha publicado un libro, «Lo demás es silencio», y a mí me han encargado un trabajo sobre el mismo. Estoy asustado, y aunque he demorado la escritura cuanto he podido, hoy se me hace imposible aplazarla más.

Estoy asustado porque «Lo demás es silencio» es demasiado libro y Gabriel Celaya demasiado poeta. En primer lugar y aunque quisiera, no puedo juzgar imparcialmente la edición, ya que el poeta tiene demasiados puntos de contacto con nuestro modo de ver o hacer la poesía. Este libro me hace daño; es, sin duda alguna, el que más me ha llegado, el que más me ha ahondado de cuantos se han publicado en muchos lustros. Libro que abrumba, que anonada, demasiado libro, ya lo he dicho; de esos que hay que tener en la cabecera de la cama continuamente, y, a veces, no tocarlo, si uno quiere dormir tranquilo.

La línea ascendente seguida por Celaya de tesonera y temeraria forma desde su retiro, nos ha dado tres libros de primerísima importancia: primero, «Las cosas como son»; después, «Las cartas boca arriba», y, ahora, «Lo demás es silencio». Nunca agradeceremos bastante este regalo. Si en el primero Celaya nos ofrece el logro de su transcendentalización, perseguida con exclusividad, en el segundo, ya conseguida ésta, obtiene el dominio de la música, del ritmo, depura su mal llamado prosaísmo, al que no llega a renunciar nunca, porque precisamente le da ese carácter humano de que, más o menos, carecen los demás poetas. «Poner los pies en el suelo y el grito en el cielo» es lo que hace Leceta al enfrentarse con «la solemnísima poesía, tan abundante y espumosa hoy día que se permite, con más viento que vela, mirar por encima del hombro a los que tratamos de contar y cantar, como Dios nos da a entender y, desde luego, sin humos, lo que nos pasa y nos traspasa: nuestro tiempo». He aquí un credo que responde a toda una autenticidad, a todo un estigma que Celaya pretende sacudirse a fuerza de versos desesperados. Frente a tanta mojigatería y gazmoñería de cuantos llevan margaritas como cazcarrias pegadas al pantalón, el poeta vasco enarbola su bandera de independencia para dar al menos, al tiempo que vivimos la poesía que necesita. Poesía humana, transcendental y existencial, que canta la amargura de que las cosas y los seres sean como son y no mejores, como muy bien ha hecho observar María de Gracia Ifach al enjuiciar la anterior producción celayana. «Lo demás es silencio», a este efecto, nos da la forma conseguida de cuanto ya apuntaron el formativo e intelectual Múgica, el Celaya propiamente dicho y el Leceta material, escéptico y cínico. Gabriel Celaya nos ofrece esta nueva personalidad en que se resume toda una labor de lucha consigo mismo en el camino de la perfección y del mensaje. Más rico, más sentimental, más amante de la luz y la justicia, el poeta se nos viene a las manos en un poema genésico, en el que todo pretende ser sabido y explicado.

Para estudiar a Celaya—el mejor y más completo, según muchos, de los poetas de ahora—serían necesarias muchas cuartillas. Se lo prometí en cierta ocasión y sé que ahora tampoco cumpliré mi promesa, ni tal vez nunca; porque le percibo demasiado, me es imposible tratarle. Sería tanto como intentar tratarse uno mismo y ya sabemos la caótica confusión en que nos desenvolvemos. Para hacer este estu-